

Ernesto Cardenal

APUNTES DE CUBA



APUNTES



PASEANDO POR LA HABANA

La Habana de noche es una ciudad oscura porque no tiene anuncios comerciales. El recién llegado tiene la impresión de que en la parte alta de los edificios hubiera habido un apagón. También podrá parecer triste, si para uno la alegría son los anuncios de neón, las vitrinas de las tiendas, el bullicio, la vida nocturna. A mí me pareció alegrísima. Le dije a Benedetti: "Ésta es la ciudad más alegre que yo he visto. La única alegre."

Toda la gente andaba bien vestida, y no había unos con un lujo insolente y otros con harapos. Y esto me pareció muy alegre. Por las inmediaciones de los grandes hoteles, el Nacional, el Capri, el Habana Libre, las calles estaban llenas de gente, pero no había nadie comprando ni vendiendo nada. La gente, *paseaba* por las calles. Caminaban despacio y se veía que paseaban; nadie corría tras el dinero. No se veía en ningún rostro angustia económica. No había taxistas acechando a los extranjeros, ni prostitutas, ni limpiabotas, ni mendigos. Y me pareció que una ciudad así debía llamarse una ciudad alegre. Alrededor de esta ciudad no había un cordón de miseria, y me pareció que eso también hacía de La Habana una ciudad muy alegre.

"Muchos dirán que La Habana es triste", le dije a Benedetti, "porque aquí no hay la alegría burguesa, pero aquí hay la verdadera alegría. Las ciudades capitalistas parecen muy alegres en el centro: pero para los que no tienen un centavo en ellas, son un horror. La alegría es sólo para los ricos, y esa alegría de los ricos además es falsa y es otro horror. Aquí yo veo la inmensa alegría de una urbe sin pobres, sin miseria. Y la alegría de ser todos iguales".

Por las puertas del Habana Libre (antiguo Hilton) entraban corriendo los niñitos negros (que antes habrían sido "golfllos") sin que los porteros uniformados les dijeran nada, y se perseguían bulliciosos por los grandes *lobbies* de piso de mármol. También jóvenes proletarios, blancos y negros mezclados, entraban a charlar allí con la confianza con que antes lo hacían los millonarios.

Pensé: miles se han ido, pero los que quedan se ven felices, y son los dueños de todo. Debe ser muy alegre para esta gente saber que todos son proletarios, que no hay una señora

enjoyada ni un caballero de smoking. No se hacen competencias en el vestir. Nada codician y a nadie envidian. No hay sugestivos anuncios de cosas que uno no puede comprar. Ésta debe ser la principal razón por la que ríe esta gente, por la que se ven tan alegres estos grupos de jóvenes, negros, blancos y mulatos, y estas parejas que pasan acariciándose.

"¿No echás de menos los artículos en las tiendas, verdad?" Me dijo el poeta Benedetti.

Le dije: "Me parece bellissimo. Yo me he retirado del mundo para vivir en una isla, porque me repugnan las ciudades. Pero ésta es mi ciudad. Ahora veo que yo no me había retirado del mundo, sino del mundo capitalista. Ésta es una ciudad que le tiene que gustar a un monje, a un contemplativo, a cualquiera que en el mundo capitalista se haya retirado del mundo."

Y Benedetti: "En Uruguay hacen 1 000 carteras de señoras y son carísimas y casi nadie las puede comprar y por eso las tiendas de mi país están llenas de carteras. Aquí cuando hacen carteras tienen que hacer 400 000 y todo el mundo las compra y por eso no hay carteras. Quiero decir, no hay carteras en las tiendas, porque las carteras las anda la gente. Las camisas las hacen todas iguales —iguales en la calidad y en el precio, con diferencia de colores y de estilos—. Y nadie anda vestido peor que otro y nadie anda con lujo, todos andan con la misma calidad de ropa. El problema no es el dinero sino los artículos. Sobra dinero y faltan artículos, por eso las tiendas están vacías. En nuestros países no es que sobren los artículos, pero parece que sobran los artículos porque falta dinero para comprarlos, y por eso las tiendas están llenas."

Yo le dije: "Veo que aquí nadie anda elegante. Toda la gente se viste como a mí me gusta vestirme. Y como se visten los poetas, los artistas, los intelectuales, los estudiantes. También como se viste Fidel Castro. Y como se debiera vestir toda la gente en todas partes. Los vestidos tienen mucho colorido y son variados. Los vestidos de las muchachas, además, son bonitos."

Frente al Copelia había una cola de dos o tres cuadras de largo, de gente esperando tres o cuatro horas para entrar a la famosa heladería que tiene helados de más de 60 sabores di-

ferentes. La cola es tan grande porque todos pueden pagar esos helados que son seguramente los más sabrosos del mundo. "La única limitación que tiene el público es la gran cola; y antes de preferir esa heladería a otras menos buenas uno debe pensarlo dos veces, o diez." Me dice la esposa de Benedetti.

Yo recuerdo lo que me dijo Cintio: "Aquí todo mundo tiene más dinero que el que puede gastar. El dinero ya no es un problema. El dinero a la gente ya no le interesa."

Y lo que me dijo Fina: "Cuando la gente come en los restaurantes más elegantes, el dinero tal vez no le alcance, aunque la mayoría de las veces alcanza y le sobra. Uno gana más que lo que puede comprar."

Y lo que me dijo Margaret Randall esta mañana: "Me parece rarísimo oírte hablar de un escritor con problemas económicos (yo le hablaba de un poeta joven de Nicaragua), me parece rarísimo... Y recuerdo que es así, que allí hay gente con problemas de falta de dinero. Pero se me había olvidado, porque hace años que no he oído hablar a nadie de falta de dinero. Aquí los problemas son otros, pero no la falta de dinero."

En un saloncito de la planta baja del Habana Libre unos estudiantes ensayaban una obra de teatro. Mucha gente de la calle se asomaba y algunos entraban y se sentaban a presenciar el ensayo. También en la planta baja había una librería de paredes de vidrio pero no entramos porque vimos a través del vidrio que tenía casi vacíos los estantes. Los libros (ya me han dicho) se agotan inmediatamente que llegan y la gente hace colas en las librerías cuando hay libros nuevos. Me acuerdo de La Moderna Poesía —que ya no debe de existir— adonde Merton entró a comprar libros y encontró que era una tienda de ropa. Como tampoco existirá La Filosofía, que también conoció Merton y que era otra tienda de ropa. Tampoco existe ya, según me dicen, La Poesía Moderna, que ésa sí era una gran librería; como ya no existe ningún negocio privado en Cuba: lo mismo sean librerías que tiendas de ropa.

Librerías hay muchas por toda la Habana y todo Cuba —me dicen— pero lo mismo que las tiendas, están vacías.



Ésta es una ciudad totalmente diferente de la que conoció Merton. Merton estuvo en La Habana hace treinta años, después de su conversión al catolicismo y poco antes de entrar a la Tropa. Merton se entusiasmó mucho con La Habana de aquel entonces llena de colorido y de ruido, de gritos y de olores —tan diferente al Nueva York de donde él llegaba— y, con todo y lo pecaminosa que ella era, la compara a la Jerusalén Celestial. Nos cuenta que pasaban negros con puros en la boca y delantales ensangrentados acarreando grandes pedazos de carne, y que las calles estaban llenas de racimos de bananos y papayas y cocos y toda clase de frutas, y que había inmensas cantidades de cigarrillos y puros apilados, y montones de libros unos sobre otros en las aceras, gruesos fajos de billetes de lotería, innumerables revistas de todo tipo, muchísimos periódicos, y le gritaban a uno ofreciéndole toda clase de cosas, lustrarle los zapatos, lotería, postales, la última "Extra" (a cada minuto salía una nueva "Extra" dice Merton) y los ruidos y las risas de la calle penetraban hasta dentro de los cafés y de los bares, y la música y las risas de los cafés y de los bares salían hasta la calle. Y esta "pecaminosa Habana", dice Merton, era para quien supiera vivir en ella, "una analogía del reino de los cielos". (Naturalmente que los otros gringos que llegaban a La Habana no leyeron en ella esos signos que leyó Merton ni supieron vivir en ella como vivió él.) Y yo me pregunto ahora: ¿Qué diría el monje Merton de esta otra Habana tan distinta: quieta, oscura, callada, austera? Le gustaría más, como le había gustado más su monasterio, y no habría echado de menos la antigua "analogía".

Cerca del Capri la gente se entretiene mirando un gigantesco anuncio luminoso de la Zafra, a lo largo de la fachada de un gran edificio. Son diez sacos de azúcar representando los diez millones de toneladas. Se van encendiendo fechas y se van llenando los sacos de luz blanca hasta llenarse ocho sacos y medio: hasta allí llega la Zafra.

En el Capri todavía está el night-club y hay shows los sábados y domingos. No, gracias, no deseo venir a ese show. Este Capri —me cuentan— era un hotel en el que los hombres de negocios norteamericanos hacían desde Nueva York o Miami su reservación de cuarto *con* mujer.

Más adelante hay una exposición de caricaturas antimperialistas. Entramos. En una de ellas aparecen unos obispos barrigones junto con unos generales, sentados a la mesa y devorando al pueblo. La mayor parte sin embargo son contra Nixon.

De nuevo en la calle, viendo pasar a la gente. Dice Benedetti: "Es curioso el cambio de mentalidad que se produce en un pueblo con la quitada de los anuncios comerciales. Ya no hay el deseo de adquirir innecesariamente. Tampoco el deseo de estar por encima de otros adquiriendo más que otros o teniendo lo mejor. La gente sabe que adquiere más o menos lo que necesita, y sobre todo que adquiere lo mismo que adquieren todos. Esto crea un sentido muy fraternal entre todos."

Benedetti nos cuenta de la vez que pasó por un estadio que estaba con las luces encendidas y entró: acababa de terminar un partido de beisbol, pero estaban jugando con algunos de los peloteros de ese encuentro, Fidel, Raúl y otros ministros del gabinete. El público se había quedado para ver ese juego extra, y le gritaban a Fidel y bromeaban con él, y él bromeaba con el público y discutía a gritos con la gente las jugadas.

Me parece de pronto que veo anunciada con letras luminosas la cerveza "Victoria" de Nicaragua. No, es un letrero rojo, sobre un edificio, que dice:

V E N C E R E M O S



LOS JOVENES POETAS

12 de la noche. Empiezo a dormirme. El teléfono: somos dos poetas jóvenes que estamos aquí abajo y deseamos hablar con usted, tal vez la hora es inoportuna pero no pudimos venir antes.

Bajo. Me interesa lo que me van a decir. Tengo tres días de haber venido y todavía no he visto a los poetas jóvenes. Deseo conocer la generación formada totalmente bajo el socialismo.

Ellos son de esta generación. Desde el principio veo que son revolucionarios. Les brillan los ojos de entusiasmo cuando hablan de la Revolución. Están felices de que yo haya llegado a Cuba. Uno de ellos da clases en la universidad, a pesar de estar muy joven. El otro es miliciano y viene de uniforme. Me muestran poemas y un cuento. El cuento es del miliciano y contiene críticas sociales. Me ha gustado, y dice él:

—Pero ya ve, no se puede publicar en Cuba por la represión.

—¿Hay represión en Cuba? —pregunto bajando la voz. Y contesta el otro, sonriendo tristemente, y como algo incrédulo:

—¿Y no lo sabe...?

—Yo creí que ustedes eran revolucionarios...

—Somos revolucionarios, y hay represión. Y la represión no es revolucionaria. La represión donde quiera que la hay es contrarrevolucionaria. Aunque los que la hagan se llamen revolucionarios, la represión es siempre batistiana.

—¿No se puede hablar? ¿Lo llevan preso a uno? —pregunto bajando otra vez la voz, porque estamos los tres sentados en un café en mitad del lobby y circula mucha gente alrededor de nosotros, empleados del hotel y huéspedes.

—No le llevan preso a uno por hablar. Si no, no estaríamos conversando aquí tan tranquilamente. Usted puede hablar a gritos contra Fidel en un parque y no se lo llevan preso por eso. Lo más que podría pasar es que llegue un miliciano a discutir con usted o a convencerlo de que se calle y que no esté perturbando el orden.

Yo había observado que ellos no miraban a todos lados al hablar, para ver si alguien nos estaba oyendo, y que no bajaban la voz como yo. No acababa de comprender: eran revolucionarios y decían que había represión, como lo dice la propaganda capitalista; decían que había represión y no tenían temor. Dice el que da clases.

—Hemos venido no tanto por leerle poemas sino para hablar de Cuba. Queremos que usted conozca bien esto, y que no se deje influir por la propaganda. Que conozca todas las cosas



malas de esta Revolución, porque las buenas ya las debe haber estado viendo desde la llegada. Y no queremos que le pase lo que les ha pasado a otros que han venido a Cuba: que se han desilusionado. Hemos tenido muchos que han llegado a dar clases a la universidad, y después se han ido inesperadamente: seguramente desilusionados. Creo que eso le pasó a Cortázar, que ya no ha vuelto a Cuba. Y a usted lo apreciamos mucho y no queremos que se desilusione. Queremos que entienda esta Revolución tal como es, con todas sus cosas maravillosas que tiene y sus cosas malas. Y queremos también que después cuente estas cosas malas. Cuéntelo, por favor; por amor a Cuba y a esta Revolución. Nosotros amamos mucho esta Revolución y la quisiéramos perfecta.

Dice el otro:

—A usted le habrán dicho que no hay prostitución en Cuba, ¿verdad?

—¿Hay putas?

—Hay putas. No como institución, eso ya fue suprimido. Pero todavía usted puede encontrar mujeres que se venden a los marineros, si no por dinero por unas medias de nylon. Son pocas naturalmente, pero hay, y no lo dicen.

—¿Usted no habrá oído hablar del UMAP?

—¿Qué es?

—Campos de concentración.

—Ya no los hay —me dice el miliciano— Fidel los suprimió. Pero nadie habla de ellos... ¿Que cómo lo sé? Yo estuve allí... No como preso sino como miliciano. Sí, carcelero digamos. Yo vi los malos tratos, pero nosotros sólo hacíamos guardia. A Fidel le contaron lo que allí había. Una noche asaltó una posta de guardia y la capturó y se metió dentro, como que fuera preso, para ver qué trato les daban. Se acostó en una hamaca. Los presos dormían en hamacas. Los despertaban golpeándolos con sables; o si no, les cortaban las cuerdas de la hamaca. Cuando el que los despertaba levantó el sable, se encontró con la cara de Fidel; casi se muere. Después en otro lugar vio a uno que hacía andar descalzo a un preso sobre pe-

dazos de vidrio. Ordenó que al hombre le hicieran el mismo castigo que le estaba haciendo al otro. En otro lugar se presentó cuando desayunaban. Y así fue viendo cosas. Después hizo castigos. Se dice que hasta hubo un fusilado.

—Ésa es otra de las hazañas de Fidel. Fidel es el hombre de los asaltos. Es una figura de leyenda que ha cautivado la imaginación de la gente. Pero está también la censura de los libros. Usted conoce el caso Padilla. Estuvo un año sin que le dieran trabajo, porque sus poemas no gustaron a un funcionario. Y allí también tuvo que intervenir Fidel. Hace poco dieron el premio "David" a un poeta joven que después descubrieron que era homosexual. Ya tenía impreso el libro y la edición entera la redujeron otra vez a pulpa de papel. Conozco a uno de los censores que es implacable con los homosexuales, y él es homosexual. El pelo largo está prohibido. De vez en cuando hacen recogidas de hippies, porque se reúnen grandes cantidades de hippies enfrente de estos hoteles y del Copelia, y se los llevan presos. La otra vez en una de esas recogidas se llevaron a un dirigente de la Juventud Comunista que tenía el pelo largo, y la raparon. Al día siguiente que salió de la cárcel se presentó furioso en la jefatura de la Juventud Comunista a devolver su tarjeta. La persecución de homosexuales nos disgusta mucho, y además nos da inseguridad. No porque nosotros seamos. Pero siempre hay temor de que lo confundan a uno por el pelo largo, o porque es artista o poeta. Yo ando con peligro en la calle por mi pelo largo. También nos censuran que nos guste el jazz o cierta clase de modas. Todo eso es represión. Nos gustan esas cosas porque somos jóvenes, no porque no estemos con la Revolución. Yo no soy revolucionario: yo soy la Revolución. Yo y los demás de mi generación no hicimos la Revolución sino que somos el producto de ella, fuimos hechos por ella. Los otros hubo un tiempo que no eran revolucionarios y se hicieron revolucionarios; y dentro de ellos puede haber aún un resto del sistema de Batista. Nosotros desde que tenemos uso de razón somos revolucionarios. No hemos conocido otra cosa más que la Revolución. Si usted me pregunta qué es ser contrarrevolucionario, yo no le podría decir, porque yo no he visto contrarrevolucionarios. Así que yo no podría ser contrarrevolucionario aunque quisiera. Yo no he conocido nunca la burguesía. Se dice que se está creando el hombre nuevo en Cuba, y así lo creo, pero los hombres viejos ¿cómo podrán crear al hombre



nuevo? El estalinismo siempre está al acecho para destruir la Revolución. El estalinismo o el espíritu batistiano, que es lo mismo. En la Unión de Escritores no me publicaron un poema porque en él digo: que voy por la calle y que injurio, reniego, maldigo y blasfemo. No les gustó lo de blasfemar. Porque se imaginaron que yo blasfemaba del sistema; y no: tenía otro sentido. Hay poemas que no nos publican porque consideran que en ellos hacemos alguna crítica a la Revolución. Pero estoy seguro que Fidel publicaría esos poemas.

Me hablan de que hay escritores que se aprovechan de la Revolución para obtener privilegios:

—Allí tiene usted a Guillén, que toda su vida fue comunista y ahora mantiene un automóvil con chofer a la puerta. O Retamar que vive viajando, tiene una buena casa, come mejor.

Les pregunto qué opinan de la Iglesia en Cuba. No pueden opinar mucho porque no la conocen. Los dos ellos son ateos.

—Pero podemos decir que no se interesa por lo social. Y antes estuvo muy identificada con el capitalismo, con la burguesía y con Batista. Ahora la educación es atea, y la nueva generación no se preocupa por la Iglesia. Nosotros somos producto de esa educación. En Cuba la Iglesia católica se suicidó ella misma.

Pregunto si los militantes católicos en la Universidad son revolucionarios:

—No hay militantes católicos en la Universidad. No los admiten. Con lo cual yo no estoy de acuerdo. Uno de los grandes mártires de la Revolución es José Antonio, el líder estudiantil del asalto al palacio de Batista, y era militante católico. Dirigente de Acción Católica. Y esta Revolución ahora no le permitiría a José Antonio entrar a la Universidad. ¿Con qué derecho le impedirían a José Antonio ser estudiante, y ser líder estudiantil, y ser José Antonio? ¿Con qué derecho le iban a impedir morir por la Revolución? Si no se permite a un estudiante católico ser revolucionario: ¿qué va a ser? ¿Contrarrevolucionario? Decir lo que digo me traerá serias dificultades. Pero creo que esto es lo que movió a Fidel a levantarse en la Sierra Maestra.

—¿Y qué opinan de la falta de libertad de prensa?

—La libertad de prensa no es dada por temor y por incapacidad de dar la noticia verdadera y completa sin que le haga daño al pueblo y a la Revolución. Yo creo que el pueblo de Cuba ya está suficientemente politizado y maduro para poder recibir las noticias completas sin que le haga daño. . . Hay un peligro latente también en la Revolución y es el endiosamiento. El endiosamiento de Fidel. No por culpa de él, sino del pueblo. Él hasta la vez lo ha sabido manejar muy bien, con mucha habilidad, y lo ha mantenido bajo control. Incluso ha señalado ese peligro. Ha dicho que los iniciadores de una Revolución tienen gran prestigio y una gran autoridad en el pueblo, y que eso



puede hacer mucho bien pero también puede hacer mucho mal. Y que hay que esperar que en el futuro ningún dirigente tenga

tanta autoridad, porque es peligroso que los hombres tengan tanta autoridad. Ha dicho también: no es necesario estar viendo una estatua en cada esquina, ni el nombre del dirigente en cada pueblo: eso no es crear conciencia en el pueblo, sino fabricar artificialmente una conciencia por medio de consignas y de actos reflejos. Y ha denunciado a los otros países socialistas donde el contacto del pueblo con sus dirigentes es el contacto con las estatuas de los dirigentes del pueblo. Fidel además ha hecho una Ley de la Revolución, que fue una de las primeras leyes de la Revolución, prohibiendo poner el nombre de ningún dirigente vivo a ninguna calle, ciudad, pueblo, fábrica o granja y prohibiendo incluso las fotografías oficiales en las oficinas administrativas, lo que yo creo que no se ha hecho en ningún otro país. Porque como ha dicho: un revolucionario puede hacer muchas cosas buenas en su vida y grandes barbaridades al final de su vida... Me parece que Fidel no es un dirigente sino un pedagogo. Fidel es sobre todo un profesor. Sus discursos son largos porque son lecciones que él da al pueblo de Cuba. Pero sobre todo más que enseñar con la palabra él enseña con el ejemplo. Cuando la catástrofe del Perú, él fue a un Policlínico y donó su sangre. No dijo nada, sino sólo dio el ejemplo. Y el pueblo inmediatamente siguió el ejemplo y hubo más de 100 000 donativos de sangre en cosa como de una semana. Este pueblo ha sido formado por Fidel. Pero también Fidel es muy cubano. Cuando usted conozca mejor el modo de ser cubano entenderá lo que le digo.

Ya despidiéndose (a las 2 y media):

—Perdone si le hemos quitado el sueño. Queríamos que usted oyera las críticas de esta generación a la Revolución.

EL JOVEN ORDOQUI

Joaquín Ordoqui es uno de los poetas más jóvenes de Cuba pues tiene 17 años. Viene a verme y me cuenta que su padre fue muy importante en la Revolución, aunque desde hace algunos años se encuentra con la casa por cárcel: o en lo que Fidel ha llamado "ostracismo espiritual". Había sido Secretario de Organización del Partido Comunista en tiempos de Batista, y después de la Revolución fue Viceministro de la Fuerza Aérea. Lo acusan —me dice— de "infidencias": de haber suministrado ciertos informes a la CIA (según sus mismos acusadores más bien insignificantes) mientras estaba exiliado en México en tiempos de Batista. Cargos que su padre siempre ha negado —me dice el muchacho— y que además no eran graves: de haber sido graves lo habrían fusilado. Fidel calificó una vez públicamente el delito como "debilidad revolucionaria" y no más. Su padre —me dice— ahora está desahuciado de cáncer en un hospital. Y siempre se ha mantenido, a pesar de todo, partidario de la Revolución. A pesar de haber sido en cierto sentido, víctima de la Revolución. Y también él es revolucionario.

Le pregunto si Fidel lo conoce a él y me dice que sí, que Fidel lo ha visto varias veces después de la caída de su padre y que lo ha saludado con cordialidad. Y también que sus estudios no fueron perjudicados en lo más mínimo.

Después me dice:

—La Revolución exige mucho. Y cuesta. Exige mucho sacrificio, pero hay que darlo.

Él tenía 6 años cuando triunfó la Revolución. Antes había pasado la infancia con sus padres en el exilio, en México y Praga. Todavía recuerda cuando había en Cuba anuncios comerciales. Y me dice:

—Para nosotros eso ahora es algo anacrónico; como algo medieval, incomprensible, aunque sabemos que sigue existiendo en las ciudades capitalistas. Todavía me acuerdo de cierta canción que cantaban en el radio y que era muy estúpida. Estaba muy pequeño, pero aún la recuerdo:

Proceso
Proceso
el mejor queso

... Increíble que forzaran de esa manera a la gente a comprar cosas. Lo mismo: que un hombre le diga a uno que no tiene un centavo en la bolsa, o que no ha comido en tres días: no nos imaginamos que eso sea posible. Sabemos que así es todavía en los países de ustedes y porque nos lo han contado, pero nos parece increíble.

Me dice que había en Cuba gran expectación por mi llegada, y le pregunto que por qué.

—Por tres razones, mejor dicho cuatro: Primero por su vida: por el testimonio de su vida como religioso y como revolucionario. Segundo por su poesía. Tercero porque ya muchas otras veces se había anunciado su viaje: se dijo en el 63 que iba a venir, después se volvió a decir en el 65 y se dijo otra vez en el 67; teníamos ya tiempo de estarlo esperando.

Dijo tres razones y no cuatro. Y siguió hablando:

—En la Universidad los estudiantes estaban interesados en ver con qué traje iba a venir usted. Unos pensaban que vendría de civil y otros que con el uniforme religioso. Vemos que no llegó de una forma ni de la otra sino con el traje da campesino nicaragüense. Hay también mucho interés en saber de Solentname; ésa es una de las principales razones por las que yo he venido...

En Cuba no se tiene buen concepto de los curas. El clero antes de la Revolución era malo: burgués, retrógrado, batistiano. Tiene sin embargo buenos amigos católicos. Él es ateo. Su padre y su madre son comunistas ateos, y él no es ni bautizado siquiera. Agrega:

—Pero de una cosa sin embargo estoy seguro: de la supervivencia después de la muerte. No sé por qué; pero de eso estoy absolutamente cierto.

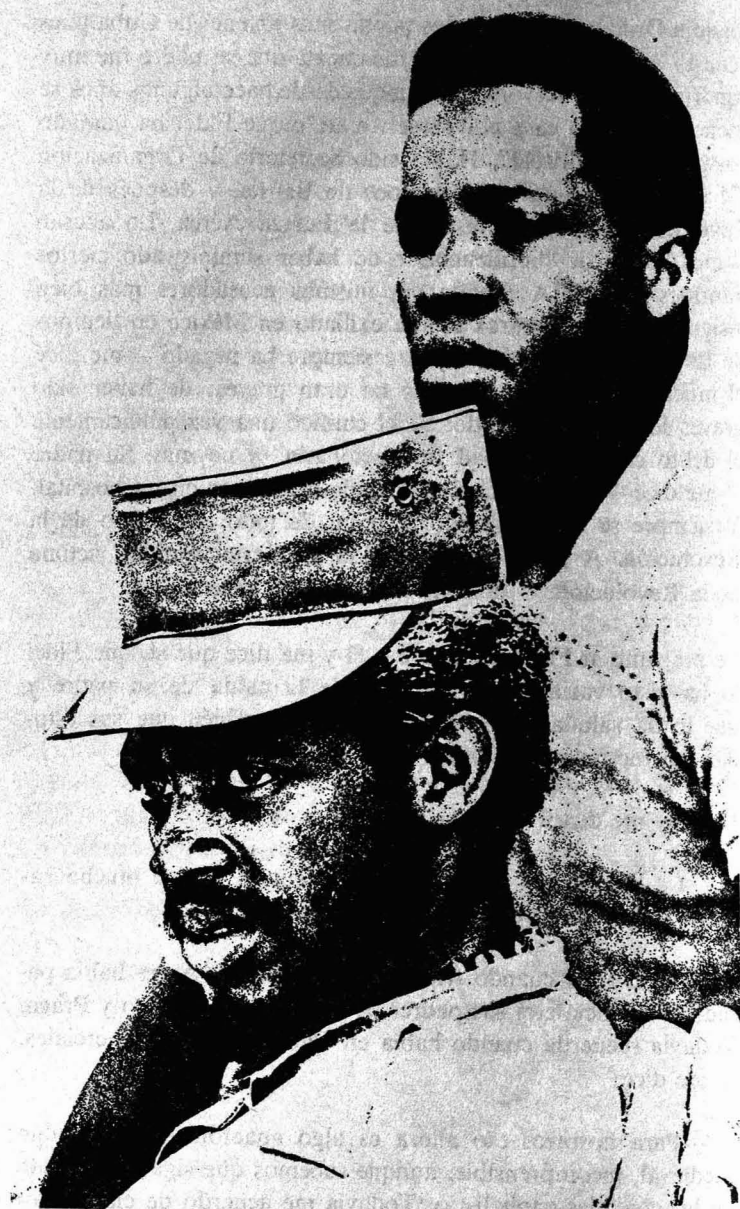
Hacía un gran calor y nos paseábamos por el jardín del hotel mientras conversábamos. Paseaban también señoras de "clase media" (aunque ya sin clase) y parejas en luna de miel, de origen social indefinible.

Me dijo por último el poeta Ordoqui:

—Una revolución es dolorosa. Parte en dos un país. Divide. Toda Cuba está dividida. Hasta en la familia de Fidel existe esa división, con su hermana que huyó de Cuba. Hay muchos cubanos que aman la Revolución y tienen seres amados que están presos, o en el exilio, o muertos.

* * *

“La gente suele olvidar el pasado fácilmente —me dijo Cinto—. Hay gente descontenta, gente del pueblo descontenta, porque no se acuerda del pasado que fue duro.”



CENA EN CASA DE RETAMAR

Retamar me invitó a su casa a las 8 y yo creí que me invitaba a cenar. Llegué más bien antes de las 8 y me abrió la puerta masticando un bocado. Lo vi sorprendido de que llegara tan temprano. “¿Ya cenaste?” Me dijo azorado: “No, pero no tengo apetito.” Me hizo sentarme a la mesa de todos modos. Cenaba con sus dos niñas pequeñas y su suegra, que también era la que servía la comida. Había una croqueta de pescado para cada uno de ellos, una papa para cada uno, un poco de arroz, un pequeño postre, por lo cual yo insistí de nuevo en que no tenía apetito, aunque en realidad sí tenía hambre. Me hicieron comer un poco de todos modos: media croqueta, media papa, el postre. Las niñas me preguntaron si yo era el “curita”. Retamar les dijo: “Es poeta y cura.”

La casa de Retamar estaba terriblemente despintada. La pintura se había venido cayendo. En un largo pasillo que había desde la puerta de la calle al comedor había una gran cantidad de libros hacinados en el suelo por falta de estantes donde ponerlos. El sofá de la sala tenía unos resortes de fuera. Más tarde llegó Margaret Randall y tomamos parsimoniosamente una exigua cantidad de ron que había en una botella. Retamar me dice que las niñas estaban muy emocionadas porque habían conocido al “curita” y Margaret sonríe y me dice: “Contigo tenemos que hacer un reajuste ideológico a los niños. Como yo les había creado una horrible imagen del sacerdote a mis niños, se sorprenden de que seamos amigos, y ahora hay que explicarles que no todos eran así.”

Llegaron otros amigos. En realidad era un pequeño homenaje que Retamar me daba, aunque sin cenar y sin tragos —excepto ese tercio de botella de ron que saboreamos a pequeños sorbos. Retamar pone un disco de Carlos Puebla:

Aquí se quedó la clara,
la entrañable transparencia
de tu querida presencia
Comandante Che Guevara.

Era una despedida al Che cuando se había ido de Cuba. La prensa capitalista decía que Fidel lo había matado. Los cubanos sabían que se había ido a hacer la Revolución a otra parte, aunque no sabían dónde.

Tu amor revolucionario
te conduce a nueva empresa

El Ché decía en la Sierra que él no moriría viejo, que cuando se acabara la guerra iba a seguir peleando. “Cuando acabemos de libertar a Cuba, tendremos muchos otros lugares que liberar”, dijo a un campesino del ejército rebelde. Y otro cuenta que el Che le dijo que cuando acabara la revolución él iba a hacer más revolución, y creyó que estaba loco. La última estrofa de la canción de Puebla es un presagio de la muerte del Che y de que la despedida es para siempre:

Seguiremos adelante
como junto a ti seguimos,
y con Fidel te decimos:
¡Hasta siempre, Comandante...!

Retamar cuenta que el Che poco antes de irse de Cuba le pidió prestado un libro de Neruda para copiar un poema. Después de la desaparición del Che lo llamaron del Ministerio de Industrias para devolverle el libro y él le preguntó al secretario qué poema había copiado el Comandante Guevara: y era el sentimental poema de adiós de Neruda, *Farewell*.

Le cuento a Retamar una anécdota del Che que me han contado: que cuando era Ministro de Industrias unos empleados del Ministerio se quejaban de la tarjeta de racionamiento y decían que la comida no les alcanzaba al fin de la semana, y el Che los oyó y les dijo que a él le alcanzaba. Le dijeron: “Comandante, pero como usted es comandante tal vez tiene una tarjeta distinta de nosotros, y es justo que así sea...” El Che no dijo nada. Al día siguiente los reunió y les dijo: “Ustedes me hablaron ayer de mi tarjeta, y yo me quedé callado. Pero llegué a mi casa y constaté que ustedes tenían razón, que mi tarjeta era diferente. La he traído aquí para romperla delante de ustedes y les juro que no volveré a tener una diferente” —y rompió la tarjeta.

Él ya conocía esta anécdota. Me dice que como ésta se cuentan muchísimas en Cuba. Siendo también Ministro de Industrias fue una vez a trabajar con una pala durante tres mañanas seguidas, a quitar escombros en un lugar donde había habido un incendio. Trabajaba con su pala bajo el sol abrasador como

cualquier obrero, y una señora del vecindario le llevó un vaso de leche. El preguntó: "¿Hay para todos?" y le dijo la señora: "No tenemos más, ésta es sólo para usted." Y él dijo: "Entonces no la tomo." Y rehusó la leche.

Y otros cuentan que en la Sierra el Che era el último en comer, porque era el jefe. Preguntaba si ya habían comido todos y has-



ta después comía él, una ración igual a la de los otros. Decía que si algún compañero se quedaba sin comer, debía ser el jefe. Y cuentan también que el comandante Acevedo contaba que una vez habían sobrado tres latas de leche condensada, después de la repartición a la tropa, y un servil se las llevó al Che como una "reservita para la comandancia". El Che se puso furioso y le dijo: "Me las repartís ahora mismo a toda la columna, y si nos toca a todos una cucharadita, no importa: hasta donde alcance. Aquí el jefe come lo que come la tropa, si alcanza." Y otro cuenta que el comandante Luis Crespo contaba que si era un caramelo lo que le habían dado, cogía una piedra o un cuchillo y lo partía en tres pedacitos para repartirlo entre tres. Y cuentan que también él siempre repartía a los campesinos. Si mataban una res, la mitad era para el campamento y la mitad para los campesinos, porque decía que allí todos debían vivir de lo mismo. No le gustaban las preferencias ni siquiera porque uno estuviera enfermo. Decía: "Todos parejo en todo." Había pocas hamacas de lona y Fidel había dicho que se darían en premio a los que antes hubieran dormido en hamacas de saco hechas por ellos mismos. El Che no podía dormir en hamaca de saco por su asma y entonces dormía en el suelo mojado sin sentirse con derecho a pedir una de lona. Hasta que Fidel se dio cuenta y ordenó que le dieran una. El Che siendo Ministro de Industrias iba a trabajar al campo y en 1954 le dieron una distinción por haber realizado 240 horas de trabajo voluntario en el semestre.

Al despedirme, ya algo noche, tenía una seria dificultad para volverme porque Fernández Retamar, a pesar de la alta posición literaria que ocupa en Cuba no tenía coche. Le dije, unos días después, que unos jóvenes poetas me habían dicho que él vivía con privilegios y que yo había constatado que no era cierto. Me dijo: "Vivo en la misma casa vieja en que vivía con mi madre antes de la Revolución."

* * *

Le pregunto a Cintio Vitier si es cierto que Nicolás Guillén tiene un automóvil con chofer a la puerta, como me dijeron esos jóvenes poetas. Y me dice:

"Lo que dijeron esos jóvenes poetas es una tontería. Yo no sé si Guillén tiene un automóvil con chofer a la puerta de su casa,

pero si no lo tiene lo debe de tener. Guillén es el presidente de la Unión de Escritores, y no es como otras personas que sólo van de su casa a la oficina y de la oficina a su casa: tiene que asistir a muchas recepciones y actos oficiales y culturales de toda clase, y en Cuba ya no hay taxis y para ir de un sitio a otro, en autobús uno pierde dos horas o tres, y para tener un automóvil él tiene que tener un chofer, porque Guillén siempre fue pobre y nunca tuvo automóvil y no sabe manejar, y ya está viejo y no se va a poner a aprender a manejar automóvil a esta edad, y además sería un peligro en las calles de La Habana Guillén manejando un automóvil. Y en cuanto a que vive viajando, él es el escritor más célebre de nosotros, es una gloria internacional de Cuba y es el que mejor puede representar a Cuba en los eventos extranjeros y él tiene que viajar porque lo mandan, le guste o no le guste, y me imagino que muchos de esos viajes, a su edad, ya no le guste hacerlos."

En un salón de la Casa de las Américas, decorado con las fotos de todos los principales escritores de América Latina, dos poetas cubanos, Cintio Vitier y Fernández Retamar, conversaban tomando un cafecito y fumando habanos. Me les acerco, y están hablando de la evolución que ha tenido en los últimos años el lenguaje en Cuba y cómo hay palabras que han sido puestas en desuso por la revolución: porque las realidades que designaban ya no existen. Mencionan algunas de ellas:

"Palanca" (la ayuda de un influyente en el gobierno).

"Mordida" (palabra mexicana pero que tenía mucha vigencia en la época de Batista).

"Chiva" (informador, espía).

—"Ya no se oyen estas palabras, ¿verdad?"



